

DONES DEL ESPÍRITU SANTO

¿QUÉ SON?

Quinta semana – 2024

¿Son importantes los dones del Espíritu Santo para nuestra vida espiritual?, ¿en qué sentido?, ¿cuánto?, ¿hay alguna virtud que sea más importante que los dones?

El tema del Espíritu Santo es importantísimo, y los dones del Espíritu Santo son algo también del todo importante en nuestra vida espiritual. Para hablar de los dones del Espíritu Santo tenemos que repasar algunas cosas, quizás ya las sepas y te aburran un poco, pero son necesarias, porque si no las sabes no se va a entender de qué voy a tratar. Finalmente diré alguna cosa que no la tenía presente y, leyendo Santo Tomás el artículo 8 de la cuestión 68 I-IIae fue una novedad muy grande, y es lo último que comentaré, con respecto a la relación de los dones con las virtudes.

Lo natural y lo sobrenatural.

Lo natural tiene que ver con esta vida, la capacidad que tenemos de movernos, de pensar, de querer, de sentir: plano humano **natural**.

Cuando recibimos el bautismo recibimos la vida **sobrenatural**, la vida de la gracia, que es la vida de Dios en nuestra alma. Es una participación de la vida divina.

Hay una diferencia abismal, como entre Dios y nosotros, entre esa vida que recibimos del bautismo y la vida ésta, natural. Por eso vale la pena perder la vida mil veces antes que perder esa vida de la gracia. Por eso vale la pena morir antes que pecar, y de ahí el martirio por ejemplo. No estoy diciendo ninguna cosa que sea tan difícil de entender, por ahí nos puede costar obrarla, pero ahí tenemos que apuntar, al menos tenemos que tenerlo claro: la vida de Dios en mi alma vale muchísimo más, porque es Dios. Dios vale mucho más que esta vida.

Entonces con el bautismo recibimos la gracia, la vida de Dios en el alma, la vida de Dios Uno y Trino, y también junto con eso recibimos lo que se llama el “organismo sobrenatural”. Así como en un óvulo fecundado o en un bebé existe todo lo que implica un ser humano, -nada más que tiene que desarrollarse-, así también -siempre haciendo una analogía- en este organismo sobrenatural que recibimos en el bautismo está todo lo que nosotros necesitamos para llegar a la perfección de la vida cristiana, para llegar a la santidad.

Entonces ahí recibimos las virtudes sobrenaturales infusas y los dones del Espíritu Santo.

¿Qué es una virtud?

Una virtud es un hábito operativo que nos hace hacer obras buenas. Un hábito, una disposición para obrar de determinada manera.

Si es una disposición para obrar de determinada manera **buen**a es una virtud. Si es una disposición para obrar de determinada manera **mal**a es un vicio.

Hábito como costumbre, pero es más que eso, es una fuerza. La virtud es una fuerza para el bien. La del vicio una fuerza, -una debilidad si se quiere- para el mal.

Decía Aristóteles «ser virtuoso es una gran obra». Pero por otro lado la virtud también es parte de nuestra vida. Así como nosotros tenemos hábitos más operativos pero que no son morales, es decir no nos hacen más buenos o menos buenos, como por ejemplo caminar es un hábito, hablar es un hábito. Por repetición de actos hemos aprendido a caminar, a hablar, y ahora lo hacemos de manera habitual, no tenemos que pensarlo mucho. Así también las virtudes, ya en el plano moral, por repetición de actos buenos se hace una virtud. Así como si yo con el dedo pudiera hacer en este escritorio presión una vez, dos 3, 10, 15 veces, le termino imprimiendo la forma del dedo, dejo primero una marca después saco la pintura, así mi inteligencia y mi voluntad que dominan, no despóticamente, sino políticamente mis pasiones, van imprimiendo un modo de actuar y se va haciendo una virtud. El apetito concupiscible de los placeres, el irascible el del bien arduo, se va ordenando se va haciendo virtuoso y va haciendo que las obras sean ya más fáciles de realizar, más ágiles, más deleitables. Eso produce la virtud.

Entonces nosotros podemos tener virtudes a nivel humano, y la gracia nos ayuda para eso. Recordemos que la gracia sana la naturaleza y la eleva. Por ejemplo: si yo estoy acostumbrado a comer tres platos, y realmente con uno me alcanzaría, racionalmente (eso a nivel humano) mi prudencia, -que es la virtud más excelente de las virtudes morales-.

Las virtudes cardinales se dividen cuatro: la prudencia (intelectual) y tres virtudes morales. Cardinales es por *cardo*, *cardinis* en latín *cardo* significa bisagra. Entonces son cuatro virtudes en las cuales giran muchas otras: fortaleza, templanza, justicia y prudencia.

La **templanza** hace que mi apetito concupiscible, -el de los bienes placenteros que tiene que ver con la conservación de la especie, los placeres venereos o con la conservación propia de la persona, que son lo que tiene que ver con el alimento y demás- lo regula lo hace virtuoso lo ordena.

La **fortaleza** es la que ordena el apetito irascible, -que tiene que ver con el bien arduo, cuando me enfrento a una dificultad, con la ira y todo lo que tiene que ver-.

La **justicia**, que -habría que aclarar algunas otras cosas- sobretodo tiene que ver con la voluntad de darle a cada uno lo que corresponde.

La **prudencia** que va a indicar lo que conviene hacer aquí y ahora. La prudencia me dice aquí, con la edad que tengo, con el estado de vida que tengo, te conviene hacer “esto”. No es lo mismo para cada uno, porque justamente es personal.

Relación entre las virtudes

Dice San Ignacio que si yo voy logrando una virtud van creciendo todas las otras como los dedos de la mano, si crece uno crecen todos. Y también si crece un vicio también crecen todos los vicios, porque la virtud de la prudencia, que es intelectual, va a poder operar de acuerdo a las otras virtudes. Lo explico como un diálogo, no es exactamente así pero sirve:

Si yo no tengo la virtud de la templanza, -que regula el apetito de los placeres- mi prudencia, es decir mi intelecto práctico, me va a indicar: “tenés que comerme *un* plato”, y la [falta de] templanza va decir “a mí qué me importa comerme un plato, me como los tres y punto”. Entonces la prudencia, que había indicado eso queda desautorizada. Entonces cuando la prudencia le diga a la ira “Mirá ira, hasta acá no más, no hace falta que hagas más, la ira tampoco le va a hacer caso, y tampoco va a hacerle caso la justicia. Entonces cuando hay uno de los apetitos que está desordenado, también se desordenan todos, porque la prudencia que me indica aquí ahora lo que debo hacer queda desautorizada. Entonces hay un desorden. Por eso si crece una virtud crecen la demás por el mismo motivo. Porque si la prudencia va diciendo “hay que comer un plato” y como un plato. Después la ira también va a sujetarse más, y así crece una virtud crecen todas, por eso el propósito particular que es de una sola virtud me ayuda a que crezcan todas las virtudes. Entonces si uno conoce una persona que tiene un vicio hay que tener cuidado porque puede tener otros, donde hay un vicio difícilmente no haya otro por esto que vengo diciendo: la virtud la prudencia es la que hace como de gozne entre todas.

Entonces la prudencia me dice “Cómete un plato” muy bien entonces, si no tengo la virtud de la templanza hago un acto de continencia, es decir mi inteligencia y mi voluntad dominan el apetito: “basta, hasta acá, un plato”. Si yo lo hago muchas veces ya tengo la virtud. La repetición del acto genera la virtud.

Para lograr eso yo podría hacerlo desde el punto de vista humano, sólomente con las fuerza humanas, podría tener algunas virtudes -no todas, porque como dice Santo Tomás y la teología: no podemos cumplir todos los mandamientos si no tenemos la gracia de Dios- pero entonces la gracia de Dios, esa vida de Dios en el alma, me va ayudando a que yo alcance estas virtudes que son virtudes naturales, virtudes del plano natural, pero necesito la gracia, porque después del pecado original -si no tuviéramos pecado original nosotros podríamos tener esas virtudes casi de manera congénita digamos porque no habría desorden- pero después del pecado original quedó un desorden, por lo cual necesito la gracia para poder vivir las virtudes. La gracia sana la naturaleza que está herida, y después la eleva. Entonces si yo tengo la virtud, con la ayuda de la gracia de Dios, la fuerza que me da Dios etcétera, puedo lograr tener la virtud, en este caso la templanza de comer un plato. No tres sino uno.

Ahora, como nosotros tenemos la gracia de Dios, también tenemos virtudes infusas, es decir infundidas por Dios, sobrenaturales por tanto, que también corresponden con las virtudes naturales, pero las elevan. Entonces yo puedo decir “tengo la virtud natural de la templanza”: como un plato. Pero si es viernes santo quiero hacer un ayuno, tengo que tener la virtud -porque estoy en gracia de Dios- sobrenatural que me hace hacer obras que sobrepasan la naturaleza, porque mi naturaleza dice que con que yo coma un plato ya es

virtuoso, no tengo que comer menos que eso, pero lo sobrenatural está por encima de la naturaleza y pide cosas, o obra cosas, que la naturaleza no llega a entender del todo, -por así decirlo- la superan. Como por ejemplo hacer un ayuno, o como por ejemplo la castidad, el celibato sacerdotal o la vida consagrada. La virginidad es algo que sobrepasa a la naturaleza. No es contra la naturaleza, como por ejemplo la homosexualidad. No. Es sobrenatural, por sobre la naturaleza. La naturaleza tiene ciertos fines. La virtud de la templanza -en este caso sobrenatural- a quienes Dios le pida eso (es un don dado por Dios) pues se puede vivir sin ninguna cosa que tenga que ver con por ejemplo los placeres de la carne, porque Dios da la gracia, Dios da un fin determinado. Pero hay que manejar estos niveles. Una cosa es una virtud a un nivel natural, otra cosa es una virtud a un nivel sobrenatural. Podemos y debemos vivir las virtudes en el plano sobrenatural, porque si estamos en gracia de Dios tenemos el “organismo sobrenatural” que ya tiene esas virtudes.

La prudencia sobrenatural no es lo mismo que la prudencia natural. Por ejemplo cuando Pedro le dice a nuestro Señor Jesucristo que no va a ir a la cruz en Mateo 16 ¿qué está haciendo Pedro? está haciendo si se quiere un acto de prudencia natural. Es natural que los amigos traten que sus amigos no sufran, y a esa prudencia natural el Señor le dice «*vade retro satana*, porque tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres». No alcanza la prudencia, porque nosotros no estamos llamados a vivir en un plano humano, estamos llamados a vivir en un plano sobrenatural, porque por gracia, por regalo de Dios estamos destinados no una alegría natural, sino a ver a Dios cara a cara. Entonces es muy fuerte esto. Va a decir Santo Tomás «un poquito de gracia -una gota, una gotita de gracia, un gramo de gracia- vale más que el mundo entero». «La gracia vale más que la vida» dirá el Salmo. Entonces viviendo a ese nivel de la gracia estamos llamados a llegar a la vida eterna, que es la perfección de la gracia. Hay cosas que de un punto de vista humano están bien, pero no están bien desde un punto de vista divino y sobrenatural. A veces se escucha que lamentablemente un sacerdote se va con una mujer, y gente dice “no bueno, sí, pobre, sí es un hombre”. Sí, sí ok!, pero estaba llamado a otra cosa por el sacramento del orden. Prudencia natural, prudencia sobrenatural.

La fortaleza natural es que uno puede resistir ciertas cosas, pero sobrenatural es por ejemplo resistir la cruz por amor a Jesús, es sobrenatural eso. Y así la templanza de hacer algún ayuno, incluso en los casados hacer algún sacrificio extra que tenga que ver con la intimidad por amor a Dios, o con alguna cosa que tenga que ver con los afectos por decirlo de algún modo. El caso de la beata Conchita Cabrera de Armida que no se veía con el novio los viernes, el noviazgo era muy casto obviamente, pero los viernes no se veían y ofrecían eso al Sagrado Corazón de Jesús. Eso es virtud sobrenatural de templanza, también de prudencia. La prudencia como decimos unifica todo. Y la justicia también sobrenatural que me mueve a dar a Dios lo que a Dios se debe, pero desde el punto de vista sobrenatural, o sea teniendo en cuenta lo revelado, lo que es la santa misa etcétera, todo eso es sobrenatural. A eso estamos llamados: a vivir la vida sobrenatural y las virtudes sobrenaturales, que son muy superiores a las solamente naturales, y todo eso lo hace la gracia.

¿Para qué necesitamos los dones del Espíritu Santo? ¿Qué son esos dones?

Porque con esas virtudes sobrenaturales que son inclinaciones sobrenaturales a obrar de una manera sobrenatural -valga redundancia- y nos llevan obviamente a la santidad ¿para qué queremos los dones?. Aquí hay una diferencia más que hace la teología, y es el hecho que en todo esto que estamos diciendo, si bien está la ayuda de la gracia por supuesto, la gracia que me ayuda a vivir las virtudes, en definitiva a que los apetitos obedezcan a la razón iluminada por la fe, todo esto estamos “obrando a manera humana”, es decir yo podría en este momento pedirles que hagan ahora, por ejemplo, un acto de presencia de Dios. Nos quedamos en silencio y todos pensamos en Dios y hacemos un acto de fe, rezamos el Credo, un acto de amor a Dios. Bueno, todo eso son ejercicio de las virtudes. En este caso las virtudes teologales.

Virtudes teologales

¿Qué diferencia tienen las virtudes teologales con las virtudes cardinales infusas? tenemos la prudencia, la justicia, la templanza y la fortaleza el plano natural humano. La justicia, la templanza, la prudencia y la fortaleza en el plano sobrenatural que vienen a perfeccionar esas y me hacen tender a la santidad propiamente hablando infundidas por Dios. Las virtudes teologales también son infundidas por Dios obviamente, con el organismo sobrenatural con la gracia de Dios, pero lo propio de ellas -Theós es Dios en griego- es que me unen a Dios directamente. Las otras virtudes infusas (las cardinales) no tienen como objeto a Dios directamente, tienen como objeto perfeccionar la inteligencia para que sepa qué obrar para alcanzar el fin, y después que las otras, las inclinaciones morales, las pasiones y demás, obedezcan a la razón.

Las virtudes teologales tienen como objeto a Dios, por eso la grandeza de esas virtudes. A Dios en el cual creo, (**la fe**) y lo conozco como Él se conoce, dentro de las limitaciones que tiene nuestra capacidad; a Dios al quien espero (**la esperanza**) espero recibir a Dios de Dios. Espero llegar a Dios por las gracias que Dios mismo me va a dar; y **la caridad** por la cual amo a Dios con el mismo amor con que Él se ama y me ama a mí y ama los demás y ama a todo. Virtudes teologales infusas obviamente -las otras son cardinales también infusas-, pero las teologales son más perfectas obviamente, porque me unen con mi fin (hemos sido creados para alabar hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor).

Pues bien todo esto que venimos diciendo, un acto de fe, un acto de esperanza, un acto de caridad, o las virtudes (mañana hago un ayuno etcétera), virtudes que son infusas pero son cardinales -ya sean morales o intelectuales- todo eso es **a modo humano**. Es Dios siempre la causa principal. Yo soy la causa segunda, pero soy libre, yo decido cuándo hacerlo, está a mi mano. Todo eso es a modo humano. Y lo humano, obviamente después del pecado original, ha quedado inficionado de debilidades, nos cuesta que sean actos perfectos, entonces lo que tiene de propio los dones del Espíritu Santo es que los actos propios de las virtudes son actos hechos **a modo divino**, por eso también involucran aquí ya la vida mística. En la vida ascética, los primeros estadios de la vida espiritual desde la conversión,

hay un predominio -no son compartimentos estancos- hay un predominio de los actos ascéticos que son movidos por la gracia y todo, pero yo decido hacer esto a modo humano yo decido hacer lo otro, todo lo que hacemos en los ejercicios y demás. Y después de a poquito va habiendo preeminencia de los actos místicos, que son los actos de los dones del Espíritu Santo, que son actos ya no a modo humano, sino a modo divino, donde Dios es el que mueve. Es Dios el que mueve, por supuesto nosotros nos dejamos mover libremente por Él, pero somos pasivos, en cuanto que somos movidos. Él es el actor principal. Nosotros somos instrumentos. Instrumentos libres, por lo tanto también obramos, pero obramos dejándonos llevar, y ahí se trata simplemente de secundar. Es decir de no poner mucho de mi parte, o nada de mi parte, solamente dejar obrar al Espíritu Santo. Mi actividad grandísima es esa, dejar que Dios obre.

Esos son los dones del Espíritu Santo: o sea los dones son hábitos (también como decíamos que la virtud son un hábito), pero las virtudes son hábitos que me permiten a mí obrar según razón. Que la razón domine las pasiones, que la razón iluminada por la fe tenga una prudencia sobrenatural. Los dones del Espíritu Santo son hábitos, pero que me disponen a ser movidos por el Espíritu Santo directamente, por eso son en ese sentido muy superiores a las virtudes, y son necesarios para que lleguemos a la vida mística, a la unión con Dios necesitamos de la acción de los dones que nos hacen hacer obras mucho más perfectas que cuando hacemos los actos solamente desde el punto de vista de la virtud.

El ejemplo que suele ponerse es cuando un barco va avanzando a la fuerza de los remos. Están todos los remeros ahí remando. Eso es como vamos avanzando en la vida espiritual cuando estamos trabajando las virtudes. Hay hacer un esfuerzo, por supuesto nos da Dios la fuerza, la gracia de Dios, si nó no podríamos, pero a modo humano. Me hago un propósito, me pongo otro propósito y así. Ahora cuando los dones entran en acción -por así decirlo- es cuando desplegamos las velas del barco. Esos son los dones, y nos dispone entonces a recibir los vientos del Espíritu Santo. Los dones también los hemos recibido con el organismo sobrenatural, junto con las virtudes infusas y demás, nada más que van tomando importancia. Por decirlo de otro modo un niño ya tiene las neuronas que son las mismas de siempre, esas no se regeneran ni nada. Bueno, pero no las puede usar todavía cuando es pequeño, las va a usar más adelante. Así también cuando somos pequeños en la vida espiritual no podemos usar todo el organismo sobrenatural. Se va perfeccionando, se va poniendo en acto -por así decirlo- mientras vamos creciendo en la virtudes, creciendo en la vida espiritual. Entonces el desplegar las velas es tener más desarrollados los dones del Espíritu Santo, estamos más aptos para recibir los vientos del Espíritu, entonces nos movemos movidos mucho más por el Espíritu Santo.

Por eso, por ejemplo, uno piensa en algunos actos de los santos, ¡son actos divinos!, o sea a modo divino, no a modo humano. Como hace San Ignacio: nunca tuvo una pierna bien, y sin comer y sin beber caminar en un día 70 km, que es lo que era ¿un atleta de Elite? ¡no!, es el Espíritu Santo, obviamente, y lo mismo uno dice “bueno a ver, vamos a morir mártir”, ojalá, ojalá tengamos esa gracia, para eso tenemos que morir todos los días lo que nos toca, pero uno se puede preocupar y cuando llegue el momento -como dice el padre Hurtado- hacer maniobras, imaginarnos que haremos tal cosa para estar preparados, pero en definitiva uno sabe que en ése momento... que se encargue el Espíritu Santo. Nosotros

en nuestra debilidad ¿cómo hacemos para enfrentar la muerte? además ¿enfrentar la muerte como la enfrentaban los santos!, es decir sonrientes y alegres. Eso ¿de donde viene? del Espíritu Santo. Los santos de Corea estaban crucificados y decían cosas hermosas y estaban gozosos mirando al cielo ¿quién hace eso? el Espíritu Santo, pero a modo divino ¡eso es modo divino! No es modo humano. No es un “me propongo”. No, no, no. Es el Espíritu Santo.

¿Qué nos toca a nosotros?

Entonces ¿qué nos toca a nosotros? si es el Espíritu Santo que va obrar no puedo yo decir “bueno, bueno ahora voy a poner en obra este don del Espíritu Santo”. No, no el Espíritu Santo es el que pone en obra los dones, o sea yo tengo los dones, pero él mueve los dones. Él sopla -por así decirlo- cuando quiere. ¿Qué tengo que hacer yo de mi parte? ¿qué tenemos que hacer nosotros?: pedir, obviamente, lo que hacemos en Pentecostés y siempre que podamos, pedir los dones Espíritu Santo. Pedir la gracia de ser movidos por el Espíritu Santo, y también, no poco importante, es todo lo que podemos hacer para crecer en la vida espiritual más a modo humano, que es lo que está en nuestras manos, que es lo que hacemos en los ejercicios espirituales, todo lo que nos proponemos, propósitos, la oración, todo, el plan de vida, todo es una disposición para ir de a poco creciendo en esa en esa vida espiritual que haga que el que tome más riendas de mi vida sea el Espíritu Santo.

Dice así Santa Teresa de Ávila hermosamente:

«La primera oración que sentí, a mi parecer sobrenatural,(...)», y define aquí qué quiere decir con sobrenatural, «que llamo yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir aunque mucho se procure (...)», “lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir”, con mi trabajo no lo puedo adquirir, “aunque mucho se procure”, es propiamente lo que estamos hablando recién de los dones del Espíritu Santo, ella le pone el nombre de sobrenatural aquí, pero también un acto de fe que yo puedo adquirirlo, cuando yo quiera con la gracia de Dios por supuesto, pero si tengo fe ya hago un acto de fe, podría estar haciendo un acto de fe ahora, “creo en ti Señor”. Entonces eso no es propiamente lo que dice ella “sobrenatural”, hay que tomarlo como lo explica. Sobrenatural sí, pero sobrenatural de los dones, porque los dones no se puede con industria de diligencia humana, no se puede adquirir eso, se lo puede pedir no más.

Entonces «la primera oración que sentí, a mi parecer sobrenatural», -en ese sentido “mística” podríamos decir para usar la palabra más exacta- «que llamo yo lo que con industria ni inteligencia no se puede adquirir aunque mucho se procure», y dice «aunque disponerse para ellos sí y debe de hacer mucho al caso». Sí me puedo disponer, y es importante, hay que hacer mucho al caso, es importante que me disponga, pero poner en acción los dones solamente del Espíritu Santo. «Sí se puede disponer y mucho hacer mucho al caso». Hay que hacerle mucho caso a esto de disponernos, por eso hacemos ejercicios espirituales, hay que ser dóciles, hemos estado rezando hemos estado siendo iluminados por el Espíritu Santo sin duda, en el sentido de que hemos rezado hemos contemplado la vida del Señor. Bueno no hay que dejar esos propósitos, hay que ponerlos en práctica. Hay que rezar lo que nos habíamos propuesto rezar, hay que hacer los sacrificios, hay que

cumplir el deber estado, es la manera que tenemos de llegar a disponernos cada vez más a que los dones del Espíritu Santo actúen en nuestra vida, es decir que se potencien, que se pongan en acto para llamarlo así de algún modo, y que pueda entonces el Espíritu Santo soplar, levantamos las velas para que los vientos.

Esto que digo de las velas y los remos se nos enseñaba en clase en el seminario años ha. Ahora yo le agregó alguna cosita más para ver si me llego a explicar, perdón si lo explico mal, pero bueno, es un intento.

Entonces imaginemos que el barco está en una zona sin viento, están todos los remeros sin ganas de remar, todo desordenado, un lío en el barco, indisciplina total. Bueno nos disponemos, como capitanes del barco, a poner orden. Ponemos cada uno de los remeros a remar, y a los otros, esperando el turno para remar, los motivamos. Y empezamos entre todos, vamos adelante, de a poquito y mientras unos reman los otros van acomodando el barco. Todo eso viene a ser toda la actividad que nosotros tenemos que hacer de orden interno, todo lo que implican los ejercicios. Y resulta que en ese acomodar el barco encontramos las velas. Mientras tanto seguimos remando, entonces va cambio de turno, rema uno, rema el otro, los otros siguen viendo las velas, las velas están medio rotas hay que arreglarlas. Se las arreglan las velas, y se sigue ahí remando, y ya empezamos a entrar en una zona más de viento porque pasamos esa zona sin viento más complicada. Y entonces ya las velas están más arregladas y en un momento se despliegan las velas a cierta altura porque no tenemos tanta destreza, porque no estamos acostumbrados. Pero ya empiezan a soplar un poco más los vientos, y ya va moviendo el barco y después finalmente se levantan todas las velas y ya el barco avanza movido especialmente. Los remeros están ahí, algo hacen, pero sobre todo es movido por los vientos. Entonces algo así digamos - disculpen la analogía- pero es todo ese trabajo de acomodar el barco todo ese trabajo de del esfuerzo humano, de los actos de fe de esperanza y de caridad y de las virtudes infusas y la docilidad al Espíritu Santo en las gracias actuales, todo eso va disponiéndonos a la acción del Espíritu Santo directamente en los dones y por tanto obrar a modo divino, que es muy distinto de obrar a modo directamente humano, es muy distinto. Y a eso tenemos que apuntar que es la vida mística, o predominantemente mística.

¿Los dones son superiores a las virtudes?

En el artículo 8 de la cuestión 68 de la I-IIae de la suma teológica Santo Tomás se pregunta si los dones son superiores a las virtudes, y yo de cajón hubiera dicho ¡claro que sí!, y él hace una distinción importantísima que quizás lo que voy a decir es para pensarlo un poco más o estudiarlo un poco más, lo acabo de leer ahora repasando un poco lo que iba a decir, encontré esto. Dice él que las virtudes teologales son superiores a los dones del Espíritu Santo, que a mí me llamó mucho la atención.

Entonces hace una comparación entre los dones y las virtudes teologales como las virtudes morales a las virtudes intelectuales. Entonces es un poquito complicado pero lo que quiero destacar no es complicado. Por las virtudes teologales -y esto es lo fuerte- el hombre se une al Espíritu Santo, se une a Dios directamente, que es el que mueve. Por la fe, la esperanza y la caridad me uno a Dios. Lo que quiero es destacar la fuerza que tienen

las virtudes teologales, y son las virtudes teologales las que regulan los dones. Y es ahí donde me queda grande, lo dice clarísimo (lo leí en latín, lo leí en castellano), lo dice clarísimo. Si los dones son acción del Espíritu Santo que mueve cuando quiere ¿cómo voy a regularlo por medio de las virtudes, aunque sean teologales? Lo que yo quiero destacar importantísimo acá es la grandeza de las virtudes teologales, porque a veces nos pasa así con los dones del Espíritu Santo tengo que pedirlo, digo en ese sentido los dones son superiores a todas las otras virtudes. A todas las virtudes infusas todo, todo todo. Pero las teologales no. Infusas pero teologales no. Lo dice Santo Tomás, palabra santa digamos, palabras mayores, nada que discutir en absoluto, en absoluto. Entonces yo lo que quiero destacar, y por eso lo digo, aunque no lo puedo explicar del todo, es la grandeza de las virtudes teologales. Y tenemos que pedirlo, -el miércoles que viene vamos a hablar si Dios quiere de los siete dones comentando cada uno-, pero las virtudes teologales que son más importantes, más perfectas que los dones las tenemos a la mano. Es decir puedo decidir hacer un acto de fe, un acto de caridad, un acto de esperanza porque son teologales a modo humano, sí, porque yo decido, pero son teologales, me unen directamente con Dios, y esa es la grandeza que tienen.

No sé si se acordarán, pero San Ignacio, cuando se fue de Manresa -y después lo vivió también- le decían ¿porqué va solo? ¿porqué va sin dinero? Es que yo quiero practicar tres virtudes la fe la esperanza y la caridad. Y si yo tengo dinero o tengo un compañero cuando me caiga, cuando me pase tal cosa, voy a esperar de mi compañero o del dinero esa ayuda, y no directamente de Dios. Y yo quiero sólo recibir las cosas de Dios, sólo vivir estas tres virtudes: fe esperanza y caridad.

Algo análogo, nuestro fundador el padre Buela, que pidió, cuando fundó nuestra pequeña familia religiosa, pidió dos gracias: la pobreza y la persecución. ¿Por qué?. Por algo análogo a lo que dice San Ignacio que vivía para sí mismo, porque esas dos cosas tanto la pobreza como la persecución nos obligan a estar así -él lo decía mejor- como estar pendientes de Dios viviendo estas virtudes, pendiente de Él. No hay seguridades humanas. La seguridad solamente viene de arriba, y mientras más estemos unidos a Dios esperando en Él, esperando de Él, más crecen las virtudes la fe, la esperanza y la caridad. Dios creído y conocido como Él se conoce Dios, esperado esperamos a Dios de Dios, y Dios amado. Lo más grande que pueda hacer el hombre, y de las tres obviamente la más grande es la caridad, la única que no va desaparecer jamás.

Perdón entonces que no les puedo dar más detalle de esto porque lo acabo de leer, pero me encantó, realmente me encantó, y me sorprendió, porque no lo hubiera pensado así. Aprovechemos entonces, pidamos los dones ahora en Pentecostés o cuando sea que estén viendo este video, pidamos los dones. Nuevamente muchas veces los dones del Espíritu Santo porque es lo más grande que hay, que el Espíritu Santo nos mueva, pero pongamos en acto las virtudes teologales. Creamos más, vivamos de la fe, el justo vive de la fe, esperemos más en Dios y sólo en Dios. Pensemos mucho en la vida eterna, pensemos en el Cielo que esperamos que Dios nos dé, que nos vamos a salvar, que un día vamos a estar con Él cara a cara, para toda la eternidad. Gran pensamiento ¡qué consolador vivir alegre en la esperanza, dice San Pablo. Alegres en la esperanza. ¡Y la caridad! ese acto de amor a

Dios y al prójimo por amor a Dios. Incluso San Bernardo va a decir “y a mí mismo incluso por amor a Dios”.

No puedo terminar esto sin leer estos parrafitos, los he leído otras veces, sepan disculparme, pero me encantan, que son del Tratado de la Verdadera Devoción, de San Luis María, porque aquí en todo lo que venimos diciendo, y por todo por sobre todo y en todo está nuestra Madre del Cielo. Necesitamos de María Santísima para ser dóciles al Espíritu Santo, y también para vivir las virtudes teologales.

Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, la ha encontrado en un alma, vuela allí, entra en ella plenamente, se comunica a esa alma tan abundantemente cuanto ella da lugar a su Esposa; y una de las grandes razones porque el Espíritu Santo no hace ahora maravillas ostensibles en las almas, es porque no encuentra en ellas una bastante grande unión con su fiel e indisoluble Esposa.¹

En otro lugar dirá:

Dios Espíritu Santo quiere formarse elegidos en Ella y por Ella, y le dice: echad, mi bienamada y mi Esposa, las raíces de todas vuestras virtudes en mis elegidos, a fin de que crezcan de virtudes en virtudes y de gracia en gracia. Tanta complacencia he tenido en Vos, cuando vivíais en la tierra en la práctica de las más sublimes virtudes, que deseo todavía encontraros en la tierra, sin cesar de estar en el cielo. Reproducí, para este efecto, en mis elegidos: que vea en ellos con complacencia las raíces de vuestra fe invencible, de vuestra humildad profunda, de vuestra mortificación universal, de vuestra oración sublime, de vuestra caridad ardiente, de vuestra esperanza firme y de todas vuestras virtudes².

¿Cuándo llegará aquel tiempo feliz, en que la divina María sea reconocida Señora y soberana de todos los corazones\...? Cosas maravillosas acaecerán entonces en esta tierra miserable, en que el Espíritu Santo, encontrando a su Esposa como reproducida en las almas, vendrá a ellas con la abundancia de sus dones y las colmará de ellos, particularmente del don de sabiduría, para obrar maravillas de la gracia³.

Si es que podemos y dá la ocasión, hablemos del tema, veremos que lo que decía recién hay una unión también entre los dones y las virtudes teologales: el don de sabiduría por ejemplo, que es el más perfecto de todo, tiene mucho que ver con la caridad. También ahí lo estudiaremos un poco más, pero obviamente que los dones nos ayudan a hacer actos de las virtudes sobrenaturales, de las virtudes teologales. Hay que estudiarlo un poco más, pero sí pero sí digo en ese artículo “clarito” nos habla Santo Tomás de la mayor perfección de esas virtudes en sí mismas, y sí sabemos que esas sí las podemos actuar nosotros, con la ayuda de la gracia por supuesto. Así que vivamos cada día más la fe la esperanza y la caridad, y pidamos siempre que con esas virtudes trabajemos todo lo demás, acomodemos nuestra vida interior, seamos cada vez más dóciles al Espíritu Santo, supliquemos los dones, lleguemos a la vía mística, que es lo que el Señor quiere. Cuando decimos “santidad”

¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *Tratado de la Verdadera Devoción*, 36.

² *Idem*, 34.

³ *Idem*, cap. VII, art III.

decimos “vida mística”, que no es ver visiones, escuchar a Jesús, nada. Vida mística es vivir movidos por el Espíritu Santo.

¡Ave María y adelante!